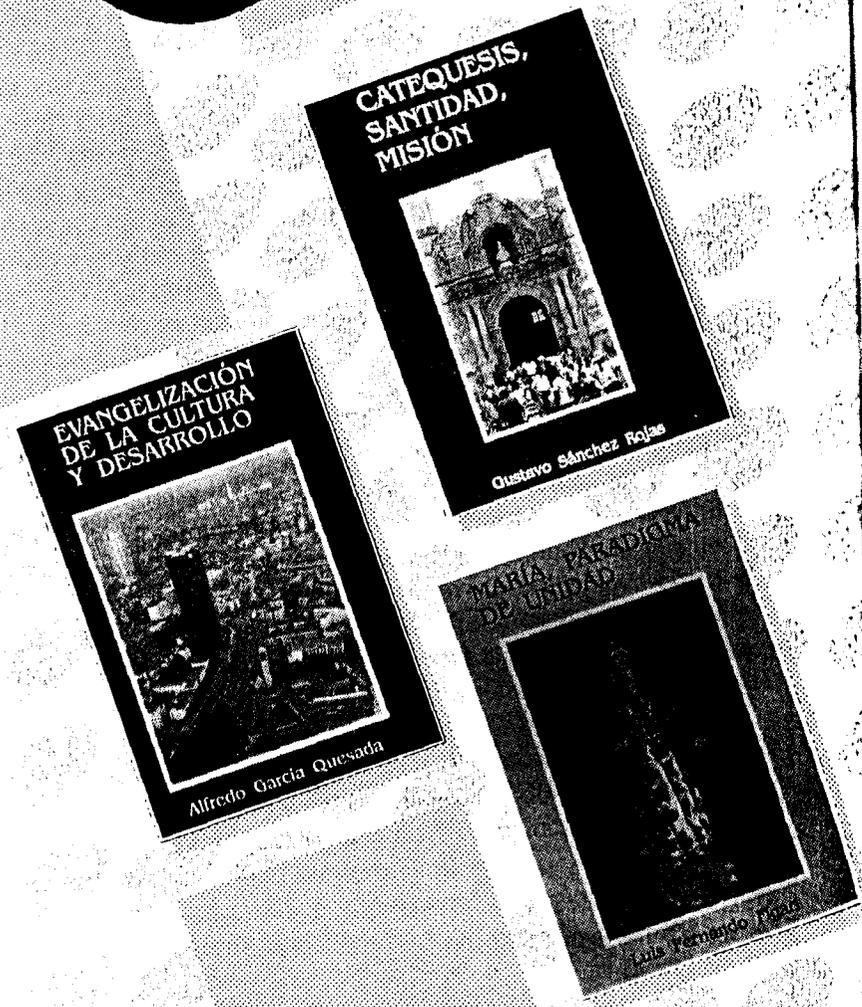


# VE



# VIDA Y ESPIRITUALIDAD

## La evangelización de la cultura en Santo Domingo

Alfredo García Quesada

### 1. INTRODUCCIÓN

El presente ensayo pretende ser una aproximación al modo como el documento de Santo Domingo aborda la relación dinámica y compleja entre el Evangelio y la cultura<sup>1</sup>.

El hecho de que la expresión **evangelización de la cultura** aparezca en el título de este ensayo, obedece, entre otras razones, a tres cuestiones fundamentales, la primera *histórica*, la segunda *temática* y la tercera *pastoral*:

1) Si bien hay que destacar que la actual y renovada preocupación de la Iglesia por la cultura tiene sus fuentes remotas contemporáneas en el Concilio Vaticano II<sup>2</sup>, es la *Evangelización de la cultura* la que se destaca en el documento de Santo Domingo.

1. La importancia que la cultura tiene en la nueva evangelización de nuestro continente se deja ver desde el simple hecho de que en Santo Domingo la palabra *cultura(s)* o derivados como: *cultural(es)*, *inculturación* y *anticultura*, está presente casi 250 veces a lo largo del documento.

2. Fundamentalmente en *Gaudium et spes*. Ver, específicamente, el cap. II de la segunda parte (nn. 53-62).

*gelii nuntiandi*, al acuñar por primera vez la expresión *evangelización de la cultura*<sup>3</sup>, la que acentúa la centralidad del desafío de vincular *fe* y *cultura*, dando lugar a un riquísimo desarrollo magisterial, que se expresa en las enseñanzas de Juan Pablo II y, en nuestro ámbito latinoamericano, en el documento de Puebla y, más recientemente, en Santo Domingo.

2) El desafío que supone para la Iglesia el vínculo dinámico entre *fe* y *cultura* sólo puede ser planteado por ella desde su identidad y su misión específica: la evangelización. Así, todos los riquísimos desarrollos sobre el diálogo entre la fe y las culturas, sobre la inculturación de la fe, etc. pueden ser vistos como despliegues de una profundización de la amplia y desafiante temática señalada por la expresión *evangelizar la cultura*.

3) Puede decirse que el documento de Santo Domingo está dirigido fundamentalmente a los miembros de la Iglesia. Así, desde una perspectiva pastoral, representa una suerte de preparación *ad intra* en vistas a una profunda y renovada acción *ad extra*. Por eso, Santo Domingo busca que quede clara la disposición que debe tener el testigo, esto es, el evangelizador, en relación a la cultura. No se trata de apreciaciones neutrales, academicistas o discursivas con respecto a la cultura, sino del modo práctico como un católico debe disponerse a sí mismo para actuar en relación a lo que significa el ámbito de la cultura.

Sin embargo, en algunos comentarios de Santo Domingo se contraponen la *evangelización de la cultura* a la *inculturación de la fe*, privilegiando esta última como un "paso previo" a la evangelización de la cultura o, inclusive, como el "único programa" que debería ser desarrollado por la Iglesia.

Tales perspectivas interpretan de modo tergiversado el dinamismo de la inculturación de la fe e impiden que la evangelización sea vista como un auténtico servicio y como una promoción integral del hombre, para, alimentando visiones laicistas o "angelistas", relegar la evangelización a una simple "normatividad moral", a un "mecanismo doctrinal regulador" o, en el mejor de los casos, a una simple "catequesis".

Por otra parte, una de las causas de la falsa antinomia que se establece entre ambas expresiones, puede deberse también a una aproximación a la cultura que privilegia la perspectiva *sociológica*, olvidándose de una necesaria consideración *antropológico-filosófica* de la misma, lo que genera una cierta "problematicidad" o "incomodidad", en algunos autores,

3. Ver *Evangelii nuntiandi*, 20.

en el empleo de la expresión *evangelización de la cultura*. Por el contrario, si nos aproximamos a la cultura desde la *antropología filosófica*<sup>4</sup>, como orientadora de la perspectiva *sociológica*, la urgencia del Evangelio aparece con toda su riqueza, como punto de partida y como auténtico servicio de la Iglesia a las culturas de nuestro tiempo.

## 2. HOMBRE Y CULTURA

Como fue indicado antes, una cierta perspectiva sociológica —que continúa entendiendo la *cultura* como *estructura*, prescindiendo de una consideración adecuada de la *persona* como fundamento y meta de la cultura<sup>5</sup>— impide que se comprenda suficientemente la perspectiva que ofrece Santo Domingo.

En los documentos más importantes de la Iglesia que abordan la temática de la cultura, se puede ver que ésta es siempre comprendida en cuanto referida explícitamente al *hombre*<sup>6</sup>. No es que se acentúe una "visión individualista", como señalan algunos, sino que se trata de determinar el *fundamento mismo* de la cultura. Así, destacándose al hombre como fundamento de la cultura, ésta puede ser comprendida, esencialmente, como un *proceso de humanización*.

Santo Domingo se ubica en esa perspectiva al destacar que «la cultura es cultivo y expresión de todo lo humano»<sup>7</sup>. El mismo uso de términos como *humanización*, *humanizador*, *humano*, etc., que aparecen constantemente referidos a la temática de la cultura, muestra que la afirmación antes citada no es episódica, sino que responde al *espíritu antropológico* de Santo Domingo.

4. Es ésta, fundamentalmente, la perspectiva del Santo Padre al abordar la temática de la cultura. En Coimbra decía: «El objetivo primario de la cultura es el desarrollo del hombre en cuanto hombre, del hombre en cuanto persona... el hombre, como ser cultural... no es prefabricado. Debe construirse con sus propias manos. Pero, ¿según qué proyecto? ¿Qué modelo, si es que existe alguno, debe tener ante sus ojos?... Y aquí, como es sabido, aparece la importancia de la antropología filosófica» (Juan Pablo II, *Discurso a los profesores, a los universitarios y a los hombres de la cultura*, Coimbra, Portugal, 15/5/1982, 3-4).

5. En muchos paradigmas sociológicos las culturas son vistas sólo como "estructuras", esto es, como un "ámbito de relaciones y funciones inmanentes a cada sociedad".

6. Ver, por ejemplo, *Gaudium et spes*, 53; *Evangelii nuntiandi*, 20; *Puebla*, 391; Juan Pablo II, *Discurso a la Unesco*, París, 2/6/1980, 7.

7. *Santo Domingo*, 228.

El documento habla también de *verdadera* cultura, de *auténtica* cultura, etc. Esa terminología, usada también por el Papa, supone la existencia de criterios anteriores a las configuraciones culturales concretas —a los procesos de humanización específicos— que permitirían calificarlas o no, como *verdaderamente* culturales.

El planteamiento de tales criterios, trascendentes a la dinámica cultural concreta, es inevitable en perspectivas que no están dispuestas a aceptar que no *todo*, en las culturas concretas, es *humanizante*, hasta el absurdo de tener que aceptar, inclusive, cualquier atentado concreto contra la dignidad del hombre. Es claro, que no todos los procesos que

se autodenominan culturales promueven efectivamente al hombre. Piénsese, por ejemplo, en aquel proceso que coloca el mercado, como prioridad, subordinando a éste las necesidades concretas de las personas, especialmente de las más necesitadas, y diluyéndolas, cuando se cree necesario, en la categoría tecnicista de "costo social". Puede también pensarse, en una cultura que legitime el exterminio por causa de una "cosmovisión cultural" determinada. ¿Será que tales procesos pueden ser denominados como *auténticamente culturales*, en el sentido de *verdaderamente humanizantes*? Si la respuesta a esta pregunta es total o aproximadamente negativa, resulta evidente que hay un juicio —explícito o implícito— sobre tales procesos particulares que se pretenden humanizadores, que depende de la visión específica previa que se tiene del hombre y de lo humano.

---

*En los documentos más importantes de la Iglesia que abordan la temática de la cultura, se puede ver que ésta es siempre comprendida en cuanto referida explícitamente al hombre.*

---

La perspectiva de Santo Domingo es aquella que busca situar el eje del diálogo cultural en el ámbito antropológico —en su sentido filosófico—, esto es, en la consideración de lo que es el *hombre en cuanto hombre* o, en términos de Puebla, se trata de plantearnos la pregunta acerca de la «verdad sobre el hombre»<sup>8</sup> que está en la base de los dinamismos culturales.

Para quienes —influenciados todavía por una visión simplemente sociológica o ideológica— no percibieron que Santo Domingo representa un *cambio de perspectiva* —que, acentuando lo antropológico, trasciende el "monopolio de la sociología" y "supera las ideologías"—, el documento conclusivo habría planteado una "uniformidad" cultural o habría tratado de "imponer" una "monolítica cultura católica" que sería la "civilización occidental cristiana".

Ocurre que desde paradigmas simplemente sociológicos, la cultura sólo puede ser vista como un "hecho social concreto" y, así, surge el temor de cuál cultura concreta es la que "se pretende" presentar como "la cultura". Santo Domingo trasciende esta perspectiva problemática —que ha conducido a muchos sociólogos y pastoralistas ideologizados a defender "su cultura" frente a la llamada "cultura del dominador"— y plantea que los procesos culturales concretos deben encontrar su referencia no en otras culturas sino en la naturaleza y la dignidad del hombre en cuanto tal, siendo que la diversidad de culturas ha de ser comprendida, precisamente, como manifestación de la riqueza de "lo humano". En esa medida, la diversidad cultural no sólo debe ser respetada, sino, radicalmente, promovida.

El propio hecho de que Santo Domingo coloque a la *ética* como uno de los puntos centrales del capítulo que trata de la cultura<sup>9</sup>, muestra el marcado acento antropológico que la cultura tiene en el documento dominicano. En efecto, si, a modo de ejemplo, se asume la ética —en base a la definición tradicional de Santo Tomás de Aquino que seguramente estuvo en la mente de más de un obispo— como "la consideración de los actos humanos en cuanto orientados a su fin propio", puede verse que tal consideración remite, inmediatamente, a una antropología que muestra el origen de los actos humanos en el propio hombre y que, así, permite determinar el fin propio de esos actos que no es otro sino la plenitud de la naturaleza humana en cuanto tal. Santo Domingo destaca

---

8. Ver Puebla, 304ss.

9. Ver Santo Domingo, 231-242.

eso al decir que «el quehacer ético natural, (está) esencialmente ligado a la dignidad humana y sus derechos»<sup>10</sup>. Ética, sería, entonces, la consideración del propio proceso a través del cual el hombre se hace más hombre. Siendo así, la perspectiva ética aparece evidentemente vinculada al modo como Santo Domingo comprende la cultura.

En este sentido, los valores no son para Santo Domingo simples “expresiones subjetivas o consensuales” —como afirmaron diversos sociologismos—, sino aquello a lo que el hombre aspira para ser más plenamente hombre. Al colocar los valores en el ámbito de la ética, surge, necesariamente, la consideración antropológica. No es que con ese giro metodológico la consideración antropológica deje de ser problemática —pues determinar la naturaleza del hombre



puede continuar siendo una pregunta abierta—, pero las cosas son colocadas en su lugar justo, o sea, la cultura y los valores no son eventos que puedan ser legitimados simplemente a partir de una consideración inmanente de los espacios sociales, sino que son dinamismos que exigen una atención al *hombre* como su fundamento y meta.

Lejos, pues, de comprender la moral como una simple “normatividad desencarnada y reguladora”, ella viene a vincularse con el mismo dina-

10. *Santo Domingo*, 231.

mismo de la cultura, respondiendo al injustificado *divorcio* que muchos establecen entre *cultura*, *ética* y *antropología*, el cual es, tal vez, la causa de tantas confusiones epistemológicas y pastorales.

Resulta también interesante ver que la aproximación que Puebla ofrece de la cultura como

«el modo particular como, en un pueblo, los *hombres* cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios de modo que puedan llegar a “un nivel verdadera y plenamente humano”»<sup>11</sup>, es asumida por Santo Domingo, pero destacando al hombre no sólo como punto de partida y horizonte del dinamismo relacional-cultural, sino considerándolo también al interior de tal dinamismo. Así, a las relaciones con la naturaleza, con los hombres y con Dios, se añade *la relación del hombre consigo mismo*<sup>12</sup>.

*«Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su espíritu hacia la plenitud...»*

*(S.S. Juan Pablo II)*

—que resulta importante y necesario—, consideramos que ello responde al *espíritu antropológico* que percibimos en el documento dominicano.

Así, en base a las consideraciones precedentes, podemos decir, de modo sintético, que cuando Santo Domingo se refiere a la cultura lo hace, asumiendo como su horizonte más propio, aquello que el Papa, en

11. *Puebla*, 386.

12. Ver *Santo Domingo*, 255.

su *Discurso inaugural*<sup>13</sup>, y los obispos latinoamericanos, en el *Mensaje a los pueblos*<sup>14</sup>, llamaron: "humanismo" integralmente considerado.

### 3. CULTURA CRISTIANA

Debido a que Santo Domingo coloca al hombre como origen, fundamento y meta de la cultura, se hace posible una profunda visión cristocéntrica de la cultura.

Esta perspectiva antropológica de Santo Domingo, que abre puertas amplias a la cristología, había sido delineada por el Santo Padre en su *Discurso inaugural*. Allí el Papa destacaba que las culturas son fundamentalmente una «*realidad humana a evangelizar*»<sup>15</sup>. Y precisaba más adelante, a partir de esa fundamentación antropológica, el sentido del vínculo entre las culturas y Cristo: «La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (RH 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura... Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿qué puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el Evangelio de Cristo?»<sup>16</sup>.

El documento de Santo Domingo, sigue esta fecunda perspectiva, que se remonta a *Gaudium et spes* 22, mostrando la "radical pertinencia" del Evangelio en relación a las culturas. Así, por ejemplo, destaca que «Jesucristo es la medida de *todo lo humano* y por tanto también de la cultura»<sup>17</sup>. En ese mismo párrafo explica el origen de tal afirmación: «cuando Jesucristo, en la encarnación, asume y expresa *todo lo humano*, excepto el pecado, entonces el Verbo de Dios entra en la cultura»<sup>18</sup>. Así, «Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su espíritu hacia la plenitud...»<sup>19</sup>.

Hay quienes expresaron su oposición al término *cultura cristiana*, indicando que a través de éste se pretendía restaurar una cierta "cristianidad", que daría lugar a una cultura homogénea y uniforme subordinada

al marco eclesial. Como indicamos antes, tales temores anacrónicos son deudores de una visión exclusivamente sociológica, y específicamente estructuralista, de la cultura. Así, vista la cultura como "estructura social", el adjetivo "cristiana" llevaba a pensar en una "disolución" de

---

*«La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (RH 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura... Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿qué puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el Evangelio de Cristo?»*

*(Juan Pablo II).*

---

todos los "factores" de tal estructura en una "otra estructura" que sería la eclesial. Tal perspectiva estructuralista impide ver, justamente, lo que hay de más original y dinámico en Santo Domingo, esto es, que la cultura tiene como fundamento al hombre quien da lugar a un despliegue amplio y multiforme de culturas en donde "lo cristiano" aparece no por causa de "estructuras" sino, fundamentalmente, por causa del "hombre" que está en la base de las configuraciones culturales.

Por otra parte, llama la atención que se ensayen críticas metodológicas al concepto *cultura cristiana*, cuando, sin embargo, se aceptan fácilmente otras expresiones como "cultura popular", "cultura del trabajo" o "cultura de vida".

Si asumimos la perspectiva antropológica de Santo Domingo, no hay ningún problema en adjetivar a la cultura en todos los modos mencionados arriba. En efecto, si la cultura es "cultivo y expresión de lo humano", el adjetivo simplemente indica que se pretende tratar de ese cultivo "en referencia" al pueblo, al trabajo, a la vida o a Cristo. Es éste el sentido, ni más ni menos, que Santo Domingo, inspirándose en el discurso que el Papa dirigiera a la Pontificia Comisión para América Latina, da a la

13. Ver Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12/10/1992, 21.

14. Ver *Santo Domingo*, Mensaje, 41.

15. Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12/10/1992, 20. El subrayado es nuestro.

16. Allí mismo, 22.

17. *Santo Domingo*, 228. El subrayado es nuestro.

18. Lug. cit. El subrayado es nuestro.

19. *Santo Domingo*, 13.

expresión "cultura cristiana": «toda cultura puede llegar a ser cristiana, es decir, hacer referencia a Cristo e inspirarse en Él y en su mensaje»<sup>20</sup>.

Evidentemente, hay adjetivos y adjetivos. Así, cuando se adjetiva a la cultura como "cristiana", estamos refiriendo lo humano a lo que puede promoverlo desde su más profunda raíz: Cristo que «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»<sup>21</sup>. Es claro que a partir de perspectivas estructuralistas, esta radical novedad promocional humana del Evangelio no sólo no reluce con la misma fuerza, sino que tiende a perderse al considerar al Evangelio como un "factor", una "función" o un "símbolo" más en la "inmanencia relacional de la estructura cultural", siendo que su "impertinencia" puede ser declarada en cualquier momento porque no se consigue descubrir que la cultura, en cuanto humana, necesita de Él. Así, paradójicamente, perspectivas pastorales, inspiradas en tal estructuralismo, temen una "imposición del Evangelio" y, sin embargo dan pie —por causa de sus principios epistemológicos— a que cualquiera de sus referencias al Evangelio como trascendente a otros factores —por mínimas y matizadas que sean— pueda ser calificada por otros de "arbitraria" o "injustificada" y, por lo tanto, como una "imposición".

En Santo Domingo, la consideración de la cultura desde el hombre y no fundamentalmente desde las estructuras, es también destacada en otra precisión más amplia de lo que se quiere entender por cultura cristiana: «podemos hablar de una cultura cristiana cuando el sentir común de un pueblo ha sido penetrado interiormente, hasta "situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción" y de allí "se proyecta en el *ethos* del pueblo... en sus instituciones y en todas sus estructuras»<sup>22</sup>. Puede verse en este texto la influencia de Puebla<sup>23</sup>. Gerardo Remolina, comentando Puebla<sup>24</sup>, ofrece una aproximación al vínculo —fundamentado en la antropología— que Santo Domingo establece entre Evangelio y cultura, en el sentido de que éste se sitúa, en primer lugar, en el ámbito más *subjetivo* —entiéndase subjetivo como lo más próximo al hombre en cuanto tal y a su interioridad—: los principios y valores, para luego

20. Lug. cit.

21. *Gaudium et spes*, 22.

22. *Santo Domingo*, 229.

23. Ver Puebla, 387.

24. Ver Gerardo Remolina, *Evangelización de la cultura*, CELAM, Bogotá 1980, p. 21.

desplegarse en las dimensiones progresivamente más *objetivas*: el *ethos*, las instituciones y las estructuras.

La primacía de los valores y, en general, del *ethos*, en la aproximación que Santo Domingo ofrece de la cultura hace que, debido a su relación estrecha con una consideración del hombre en cuanto hombre, "lo cristiano" vuelva a aparecer como un imperativo. Esto se refleja en el propio título de tales consideraciones: «Valores culturales: Cristo, medida de nuestra conducta moral»<sup>25</sup>.

Esta formulación destaca una cadena de vínculos fundantes en donde la cultura está vinculada a la ética, la ética a la antropología y la antropología a la cristología, pues el Señor Jesús es la «plenitud del hombre»<sup>26</sup>.

La moral cristiana es así comprendida como un «caminar hacia Él», como «la forma de vida propia del creyente»<sup>27</sup>. Esta comprensión dinámica y existencial de la moral, permite, debido a su acento antropológico, destacar el vínculo existente entre la cultura y "lo cristiano". Los obispos precisan que de lo que se trata es de «presentar la vida moral como un seguimiento de Cristo... Difundir las virtudes morales y sociales, que nos conviertan en hombres nuevos, creadores de una nueva humanidad»<sup>28</sup>. Así, desde otra perspectiva, el texto muestra la relación, antes destacada, entre ética («la vida moral»), cristología («el seguimiento de Cristo»), antropología («hombres nuevos») y cultura («nueva humanidad»).

25. *Santo Domingo*, 231.

26. Lug. cit.

27. Lug. cit.

28. *Santo Domingo*, 239.

---

«Jesucristo es la  
medida de todo lo  
humano y por tanto  
también de la  
cultura»

(Santo Domingo, 228).

---

Habiendo visto la articulación que Santo Domingo establece entre *lo cultural* y *lo cristiano*, a través de la *antropología*, podemos ahora comprender el dinamismo y la coherencia de lo que se indica a través de la expresión *evangelización de la cultura*.

#### 4. LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

El primer documento del Magisterio de la Iglesia que usó la expresión *evangelización de la cultura* fue la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*. Este documento clave de Pablo VI ofrece luces importantes para comprender el documento de Santo Domingo.

En el segundo capítulo, titulado «¿Qué es evangelizar?», la *Evangelii nuntiandi* propone una comprensión integral y dinámica de la evangelización. Ésta no se reduce al *kerygma* o a la catequesis, sino que abarca también el testimonio y otras tantas formas de presencia que se desprenden de la propia riqueza de la vida de la Iglesia. Así, de modo sintético, se indica que: «Evangelizar significa para la Iglesia, llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad»<sup>29</sup>.

Siendo que la evangelización constituye la identidad y la misión esencial de la Iglesia, evangelizar no es sino la *presencia viva de lo cristiano*, expresado de múltiples formas, en medio del mundo. Esa *presencia* puede adoptar la forma del anuncio explícito, del testimonio silencioso, del diálogo, etc., lo que importa es que esa presencia sea viva y real en cuanto que se desprende de lo que nos constituye, en nuestra identidad más profunda, como cristianos. Evangelizar no es, pues, anunciar a Cristo de un modo simplemente verbal o “fundamentalista” —al estilo de muchas sectas— o tan sólo buscar “rectificar” lo que huye de una posible compatibilidad con el Evangelio, sino que es una *presencia* que “transforma desde dentro”<sup>30</sup>.

Ahora bien, si esto es así, evangelizar la cultura, significa, fundamentalmente, estar *presentes*, de un modo vivo y dinámico, a partir de nuestra esencial identidad cristiana, en el corazón de *todo lo humano*. Podríamos decir que la expresión “evangelización de la cultura” destaca, como sentido esencial, que el Evangelio es para el hombre en cuanto

29. *Evangelii nuntiandi*, 18.

30. La *Evangelii nuntiandi* dice: «no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces» (*Evangelii nuntiandi*, 20).

---

...la encarnación del  
Evangelio en las  
culturas sólo puede  
darse desde quien ha  
encarnado y referido  
toda su vida al  
Evangelio.

---

hombre, para el hombre de todos los tiempos y de todas las latitudes, y, por lo tanto, para *todo lo humano* que es, justamente lo que se designa a través del término *cultura*. En una palabra, se trata de descubrir y *hacer presente*, en el mundo, el *rostro humano* del Evangelio. Y ello, evidentemente, sólo puede ser realizado desde una vivencia profunda del Evangelio.

Precisamente, las primeras líneas del capítulo «Cultura cristiana» en Santo Domingo, destacan que es desde el propio Evangelio como se comprende el sentido de salir al encuentro de las culturas:

«Pentecostés pone de manifiesto la universalidad del mandato evangelizador: pretende llegar a toda cultura»<sup>31</sup>.

Más adelante, se indica: «Por nuestra adhesión radical a Cristo en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe, plenamente anunciada, pensada y vivida, llegue a hacerse cultura»<sup>32</sup>. Es, pues, por causa de nuestra constitución, desde Cristo, en “hombres nuevos”, que ese dinamismo humanizante de la fe debe, necesariamente, hacerse vida, desplegándose en todo lo humano y, por lo tanto, en toda cultura.

Así, podemos ver que el modo como Santo Domingo se expresa con respecto a la evangelización de la cultura, invita también a una revisión de nuestra propia coherencia como cristianos en el sentido de si tenemos o no conciencia de la radical novedad y del profundo servicio que representa el Evangelio para el hombre y las culturas hodiernas.

No es casualidad que el documento dominicano subraye que «el mejor evangelizador es el santo»<sup>33</sup> y que «solamente la santidad de vida

31. *Santo Domingo*, 228.

32. *Santo Domingo*, 229.

33. *Santo Domingo*, 28.

alimenta y orienta una verdadera... cultura cristiana»<sup>34</sup>, pues el santo es aquel que por una «radical conformación con Jesucristo»<sup>35</sup> consigue ser *plenamente hombre* generando así un profundo dinamismo humanizante, cultural.

En esa línea, Santo Domingo destaca, inspirándose en la *Evangelii nuntiandi*, que «el testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de evangelización»<sup>36</sup>. Ya en relación a la evangelización de la cultura, podríamos decir que el testimonio es el dinamismo esencial. En medio de culturas que se “acostumbraron” a oír el Evangelio pero que, sin acogerlo y tergiversando en ocasiones sus términos, se “vacunaron contra la Palabra de Dios”, ayudaría poco una evangelización simplemente “declarativa”. Es fundamental que se descubra el “sentido” y la “resonancia existencial” del Evangelio. El testimonio es un modo de evangelización especialmente apto para que los cristianos mostremos, incardinados en las culturas y viviendo como hombres entre los hombres —como lo hicieron las primeras comunidades que nos describe la *Carta a Diogneto*— que lo que nos hace “más plenamente personas” es el Evangelio que nos sustenta<sup>37</sup>.

La evangelización de la cultura supone, entonces, el desafío de “sintonizar” con el hombre y las culturas de hoy, comporta la tarea profunda de conocer el *ethos* —los valores— de nuestros pueblos así como el lenguaje que haga más comprensible la fe, para así «situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción»<sup>38</sup>.

En este sentido, Santo Domingo establece un vínculo profundo entre nueva evangelización y evangelización de la cultura, al punto de que los

34. *Santo Domingo*, 31.

35. *Santo Domingo*, 28.

36. *Santo Domingo*, 33.

37. La *Evangelii nuntiandi* expresa ese dinamismo de la siguiente manera: «Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe... A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz de la Buena Nueva» (*Evangelii nuntiandi*, 21).

38. *Santo Domingo*, 229.

números de Santo Domingo que hablan del nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión<sup>39</sup>, pueden leerse como esencialmente referidos al desafío de evangelizar la cultura.

La evangelización de la cultura está íntimamente ligada a la nueva evangelización porque esta última puede ser vista, en uno de sus aspectos, como el esfuerzo por hacer que *la presencia del Evangelio* sea mejor comprendida y vivida por el hombre de hoy en sus condiciones concretas. Y sólo podemos estar *presentes*, en cuanto cristianos, en el ámbito de la cultura hodierna, a partir de la *Presencia del Verbo* en medio de nosotros.

### Inculturación del Evangelio

Si la evangelización de la cultura es la *presencia* del Evangelio en todo lo humano, podemos decir que la inculturación del Evangelio acentúa que tal presencia debe ser *encarnatoria*.

La inculturación del Evangelio no es un “programa alternativo” ni tampoco un “complemento” de la evangelización de la cultura, sino un dinamismo interno de esta última.

Santo Domingo parece subrayar esta perspectiva, de modo explícito, en varios momentos, como cuando afirma que «la evangelización de la cultura... se manifiesta en el proceso de inculturación»<sup>40</sup>, o cuando destaca que «la inculturación del Evangelio es un imperativo del seguimiento de Jesús»<sup>41</sup>. Así, *desde el Evangelio surge el imperativo* de la inculturación que no es sino una *manifestación* de la evangelización de la cultura.

El mismo hecho de que Santo Domingo coloque los misterios de la Navidad, de la Pascua y de Pentecostés como paradigmas de la inculturación del Evangelio, muestra que el *acontecimiento evangélico* es el punto de partida de las posteriores expresiones y métodos de evangelización. En otro pasaje se subraya todavía más claramente que la inculturación «es un proceso conducido desde el Evangelio»<sup>42</sup>. No hay, pues, inculturación del Evangelio sin una referencia previa a él, pues la encar-

39. Ver *Santo Domingo*, 28, 29 y 30.

40. *Santo Domingo*, 229.

41. *Santo Domingo*, 13. Esta formulación recuerda aquella de Puebla que indica que «nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo» (Puebla, 476).

42. *Santo Domingo*, 243.

nación del Evangelio en las culturas sólo puede darse desde quien ha encarnado y referido toda su vida al Evangelio. La inculturación es un proceso vital y no un proceso experimental u operacional<sup>43</sup>. Así, podemos decir que la evangelización de la cultura, tal como fue vista en el acápite anterior, es el marco general del cual se desprende la inculturación del Evangelio.

La *inculturación del Evangelio* acentúa, pues, el dinamismo encarnatorio que debe seguir la evangelización de la cultura. Santo Domingo busca explicitar eso al explicar la inculturación al partir del dinamismo del misterio de la Navidad-encarnación: «la analogía entre la encarnación y la presencia cristiana en el contexto socio-cultural e histórico de los pueblos nos lleva al planteamiento teológico de la inculturación»<sup>44</sup>. Ahora bien, si en la encarnación se da una *kénosis*, un *abajamiento* de Dios hacia lo humano para luego darse una elevación de lo humano hacia Dios, esas dos direcciones del dinamismo encarnatorio son también inherentes a la inculturación del Evangelio: el punto de partida es el Evangelio, o la evangelización, que se encarna y asume “todo lo humano” —la cultura— para conducirla hacia su plenitud humana: “la referencia al Evangelio” —cultura cristiana—.

Santo Domingo, citando la *Redemptoris missio*, precisa aún más el sentido de la inculturación: «Por medio de la inculturación, la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro (RMI, 52)»<sup>45</sup>. Se trata, pues: 1) de «transmitir» el Evangelio a las culturas desde la «Iglesia», 2) de un modo «encarnatorio» y «asumiendo» todo lo humano, 3) para «introducir» y «renovar» las culturas en el dinamismo asuntivo del Evangelio. Vemos, así, que el dinamismo íntegro de la encarnación es claramente explicitado como paradigma de la inculturación de la fe.

43. Juan Pablo II se ha referido varias veces a este asunto: «Este proceso (la inculturación de la fe) necesita una gradualidad, para que sea verdaderamente expresión de la experiencia cristiana de la comunidad: “Será necesaria una incubación del misterio cristiano en el seno de vuestro pueblo...” ...debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, debe madurar en el seno de la comunidad, y no ser fruto exclusivo de investigaciones eruditas» (*Redemptoris missio*, 54).

44. *Santo Domingo*, 243.

45. *Santo Domingo*, 230.

El texto dominicano destaca también que «la inculturación del Evangelio es un proceso que supone reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la actual cultura; y el reconocimiento de nuevos valores que coinciden con el mensaje de Cristo»<sup>46</sup>. Se trata, pues, de un proceso que asume los valores y expresiones culturales concretas de los diversos pueblos en la medida en que están referidos al hombre en cuanto hombre y que, por lo tanto, tienen que ver con el Evangelio. Así, el texto arriba citado busca reconocer “lo humano” ya evangelizado y “lo humano nuevo” compatible con el Evangelio.

De ese modo, la *inculturación del Evangelio* subraya que la evangelización no es la transmisión de un “cuerpo doctrinal o moral abstracto” para ser simplemente aplicado, sin atender a las circunstancias humanas concretas —las culturas—, sino

que la evangelización es un dinamismo de vida que, en cuanto tal, respeta y asume lo humano en cuanto humano y, por lo tanto, la cultura.

La *inculturación del Evangelio* supone también que no todo lo humano está en el Evangelio, sino lo que es esencial y necesariamente humano. La ciencia y la tecnología, las artes y letras, las músicas y danzas, en suma, todo lo cultural, es evidente que no está contenido en el Evangelio en cuanto tal sino que es fruto de la libertad de los hombres y pueblos. Dado que el Evangelio es vida “para el hombre”, todas esas concreciones humanas no pueden ser ignoradas sino que deben ser asumidas si se

46. Lug. cit.

---

...la evangelización es un dinamismo de vida que, en cuanto tal, respeta y asume lo humano en cuanto humano y, por lo tanto, la cultura.

---

pretende una vivencia más encarnada del Evangelio y, por lo tanto, un "humanismo más plenamente integral". Así, los obispos en Santo Domingo subrayan que «los auténticos valores culturales, discernidos y asumidos por la fe, son necesarios para encarnar en esa misma cultura el mensaje evangélico y la reflexión y praxis de la Iglesia»<sup>47</sup>.

Por otra parte, la firme convicción de que «los valores y expresiones culturales que puedan dirigirse a Cristo promueven lo auténtico humano»<sup>48</sup> recorre todo el documento de Santo Domingo. Así, en relación a los valores evangélicos y a los nuevos valores presentes en nuestras culturas, Santo Domingo subraya que, en la medida en que estén referidos a la naturaleza objetiva del hombre, «mediante la inculturación se busca que la sociedad descubra el carácter cristiano de estos valores, los aprecie y los mantenga como tales»<sup>49</sup>. De ese modo, se subraya, una vez más, que "lo cristiano" es "profundamente humano" y, por otra parte, que cuando encontramos algo "verdaderamente humano" en las culturas, ello, si no está inspirado en el Evangelio, por lo menos "tiene que ver" —es compatible o coincidente— con él.

Esto no tiene nada que ver con "integrismos" o "clericalismos" trasnochados. Santo Domingo representa una profunda y renovada perspectiva antropológico-cristológica de la cultura, de cara al tercer milenio, que pretende tomar en serio la formulación conciliar que subraya que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»<sup>50</sup>.

Con todo, se ha de tener mucho cuidado para evitar actitudes precipitadas que podrían llevar a disolver las culturas en la fe o a reducir la fe en las culturas. Al ubicar la *inculturación de la fe* en el marco amplio de la *evangelización de la cultura*, se consigue acentuar que la *evangelización*, en cuanto tal, no se identifica con las culturas, pero debe ser siempre encarnatoria para expresar su dinamismo humanizante y, por otro lado, se acentúa que las *culturas* tienen sus dimensiones propias, que no se identifican con el Evangelio, pero que deben inspirarse en él para ser plenamente humanas.

47. Santo Domingo, 229.

48. Santo Domingo, 228. El subrayado es nuestro.

49. Santo Domingo, 230.

50. *Gaudium et spes*, 22.

## Evangelización inculturada

La expresión *evangelización inculturada* fue introducida por el Santo Padre en su *Discurso inaugural*<sup>51</sup> y fue asumida por la asamblea en el enunciado de las *líneas pastorales prioritarias*<sup>52</sup>.

Tal expresión representa una síntesis de los acentos propios de las expresiones *evangelización de la cultura* e *inculturación del Evangelio*, en donde queda más claro que la *evangelización* es el sustantivo, el punto de partida, y la *inculturación* el adjetivo, un dinamismo y una dimensión propia de la evangelización. Si, como fue destacado en los puntos anteriores, la evangelización de la cultura puede ser comprendida como *presencia del Evangelio en las culturas* y la inculturación del Evangelio como una acentuación del *dinamismo encarnatorio de la evangelización*, la expresión *evangelización inculturada* representa una síntesis de ambas expresiones que puede ser formulada como *presencia encarnatoria del Evangelio en las culturas*.

En su *Discurso inaugural*, el Santo Padre presentó a *Santa María de Guadalupe* como «gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada» pues, «en la figura de María —desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz del Evangelio de Jesús— se encarnaron auténticos valores culturales indígenas»<sup>53</sup>.

Los obispos también recurrieron a María como paradigma de lo que hemos llamado *presencia encarnatoria del Evangelio en las culturas*. Así, indican: «La Virgen María acompaña a los apóstoles cuando el Espíritu de Jesús resucitado penetra y transforma los pueblos de las diversas culturas. María, que es modelo de la Iglesia, también es modelo de la evangelización de la cultura»<sup>54</sup>. Y, expresando el dinamismo encarnatorio —la inculturación— que la figura de María muestra, dicen: «Es la mujer judía que representa al pueblo de la Antigua Alianza con toda su realidad cultural. Pero se abre a la novedad del Evangelio y está presente en nuestras tierras como Madre común tanto de los aborígenes como de los que han llegado, propiciando desde el principio la nueva síntesis cultural que es América Latina y el Caribe»<sup>55</sup>.

51. Ver Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12/10/1992, 22 y 24.

52. Ver *Santo Domingo*, 297 y 303.

53. Juan Pablo II, *Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12/10/1992, 24.

54. *Santo Domingo*, 229.

55. Lug. cit.

Resulta interesante ver cómo el Papa y los obispos consiguen expresar el dinamismo de la *evangelización de la cultura* y de la *inculturación del Evangelio* en una síntesis mariológica bella y profunda. María pertenece a una cultura particular —la judía— y desde allí se abre al Evangelio, pero es justamente su adhesión profunda al Evangelio la que la hace ingresar en un dinamismo *universal* —el ámbito objetivo de lo humano revelado plenamente por Cristo— que no sólo redimensiona su condición cultural judía sino que también le permite encarnarse en los diversos pueblos, asumiendo sus rasgos culturales, como lo hizo en nuestro continente. Lo que se pretende expresar a través de la expresión *evangelización inculturada*



«La Virgen María acompaña a los apóstoles cuando el Espíritu de Jesús resucitado penetra y transforma los pueblos de las diversas culturas. María, que es modelo de la Iglesia, también es modelo de la evangelización de la cultura» (Santo Domingo, 229)

es justamente eso: El Evangelio nos revela al hombre y, por lo tanto, es la medida de toda auténtica cultura (*dimensión universal y objetiva*), siendo que él es acogido por hombres que viven en culturas concretas —en modos de humanización específicos— y, por lo tanto, éstas deben ser consideradas y asumidas —en lo que tienen de auténticamente humano— tanto en la “recepción” como en la “transmisión” del Evangelio (*dimensión particular y existencial*).

Otra figura de *evangelización inculturada* es la que nos presenta el *Mensaje a los pueblos* de Santo Domingo al ofrecer una síntesis de todo el documento a partir del relato del encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús. En su parte relativa a la cultura, el *Mensaje* subraya que «Jesús

ilumina con las Escrituras el camino de los hombres»<sup>56</sup>. Así, se destaca que “los hombres tienen un camino” que es, precisamente, la cultura, siendo que Jesús —el Camino— se *abaja* una vez más, comparte y acompaña ese camino humano para iluminarlo desde Él mismo.

El *Mensaje* parece establecer una analogía entre el camino de los discípulos de Emaús y las brumas de desencanto “post-moderno”<sup>57</sup> que se filtran en nuestra cultura hodierna al indicar: «El drama interior de los dos caminantes era que habían perdido toda esperanza... Explicándoles las Escrituras, Jesús... les ilumina su situación y les abre horizontes de esperanza»<sup>58</sup>.

De esta forma, la evangelización inculturada se nos presenta, a las puertas del tercer milenio, como un llamado a sintonizar más profundamente con «las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias»<sup>59</sup> de los hombres de hoy en vistas a que el Evangelio les sea más comprensible en su particular “situación” cultural. La *evangelización inculturada* aparece como un término que expresa aquello que nuestros pueblos cantan en referencia al relato de Emaús: «Quédate con nosotros, la tarde está cayendo... ¿Cómo sabremos que eres un hombre entre los hombres si no compartes nuestra mesa humilde?». Santo Domingo nos llama, pues, a descubrir en Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, la respuesta profunda a nuestros desafíos culturales, o sea, al drama humano de nuestro tiempo.

Desde América Latina, podemos decir que nuestra “mesa” —nuestra cultura— es una en la que hay “hambre de pan y hambre de Dios”, una mesa en la que no todos nos sentamos como hermanos, pues estamos marcados por profundas divisiones<sup>60</sup>.

Una evangelización inculturada en América Latina, sería aquella que atiende a las rupturas presentes en nuestra cultura particular y que ofre-

56. *Santo Domingo*, Mensaje, III,4 (nn. 18-22).

57. Es sabido que la llamada “post-modernidad” da lugar a un relativismo *sui generis* en donde el desencanto es una de sus marcas más saltantes. Lyotard y Vattimo, representantes filosóficos de esta corriente, plantean el ocaso de las visiones totalizantes y de los fundamentos, para proponer la fragmentación del pensamiento y el surgimiento del llamado “pensamiento débil”.

58. *Santo Domingo*, Mensaje, 18-19.

59. Son éstas las palabras introductorias de *Gaudium et spes*.

60. «Hay en América, fermentos de división muy activos. Falta mucho en nuestra tierra americana para ser el continente unificado que deseamos» (*Santo Domingo*, Mensaje, 46).

ce, desde el Evangelio, la respuesta a todas esas rupturas, en especial a la injusticia que es, precisamente, una denuncia de que la fe todavía no ha calado suficientemente en nuestro continente<sup>61</sup>.

Por todo ello, la «cultura de la reconciliación y la solidaridad»<sup>62</sup> que Santo Domingo propone, aparece como un horizonte particularmente apelante desde nuestras coordenadas culturales. Nuestros obispos, sintonizando profundamente con los desafíos de nuestra cultura, nos invitan a que «el patrimonio social y espiritual contenido en estas cuatro palabras claves: —reconciliación, solidaridad, integración y comunión— se transforme en la mayor riqueza de América Latina»<sup>63</sup>.

La *nueva evangelización* a la que nos convoca la Iglesia y, en particular, la *evangelización de la cultura* y la *inculturación del Evangelio* —expresadas en la síntesis dominicana *evangelización inculturada*—, aparecen como el dinamismo que nos puede llevar a configurar una *cultura de la reconciliación y de la solidaridad* en nuestro continente de la esperanza. □

---

61. «La falta de coherencia entre la fe que se profesa y la vida cotidiana es una de las varias causas que generan pobreza en nuestros países...» (*Santo Domingo*, 161).

62. *Santo Domingo*, 77.

63. *Santo Domingo*, Mensaje, 47.

*Alfredo García Quesada, laico limeño, dedicado al quehacer filosófico, ha sido profesor en la Universidad de Lima y en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón. Actualmente enseña en la Universidad Católica de Petrópolis. Entre sus publicaciones se puede mencionar: Evangelización de la cultura y desarrollo, Educación y nueva evangelización.*